



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

HOMENAJE A LUCÍA PIOSSEK PREBISCH (1925-2020)

Blanca H. Parfait

La existencia de cada una de las personas, en verdad, no es jamás una línea recta sino que tiene siempre sus alturas y sus llanuras, de las cuales algunas perduran en nuestra memoria y otras se pierden en el transcurrir de los días. Sin embargo, en esa cuasi monotonía de ascensos y descensos, la vida se permite iluminar ciertos instantes. Quisiera recordar uno de ellos.

Era un mediodía soleado de fines de octubre, la primavera había avanzado aceleradamente ese año y el aire estaba cálido y perfumado. En esas horas de una primavera tempranamente encendida y de aire florido, casi nada sucedía, sólo el transcurrir de la vida permitía que tres personas hicieran un alto para reunirse y conversar. ¿De qué hablaban?, de todo y de nada en especial pero fluía entre ellas algo que llamamos amistad y reconocimiento, simpatía y encuentro cordial. En el ambiente distendido y en el misterioso silencio de un lugar cuasi solitario surge la pregunta ¿qué relaciones se pueden establecer entre la nacionalidad y la filosofía en la Argentina y, si las hay, cómo entenderlas y de qué modo se han hilado en el desarrollo del país? Natural era la cuestión porque las inquisitivas personas se ocupaban de ella y su vida había transcurrido entre destacados exponentes de la misma. Surgen así las disquisiciones sobre

distintos temas, el dolor y la alegría, la vida y la muerte, la existencia y sus orígenes, el enigma del tiempo y, casi sin notarlo, recuerdan los nombres de Eugenio Pucciarelli, Hernán Zucchi, Adolfo Carpio, Carlos Astrada, Luis Juan Guerrero, y tantos otros con los que habían compartido - o no- vida e ideas. Pero la cuestión planteada a causa de esa pregunta era el centro de sus conversaciones que traemos a la luz hoy.

La pregunta, insistentemente formulada, reza así: ¿es la filosofía en nuestro país una disciplina que posee una dirección rectora en el desarrollo del mismo o es solamente un despertar de algunos exponentes solitarios que proclaman su pensar en un desierto? Poder contestarla implica, necesariamente, preguntarnos primero por nuestro país. En ese día, tan recordado, Lucía Piossek, nuestra homenajeadada - y a quien le dejo las respuestas-, recordó una anécdota de su niñez que revelaba, ya, su honda preocupación por el país, la que expone en su libro *Argentina: identidad y utopía*, premiado por la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y publicado por la Universidad de Tucumán en 2009. La anécdota aludida comienza con una pregunta a su madre acerca de la importancia de nuestro país y la respuesta, que despierta en ella el orgullo de vivir en él, fue que no era el nuestro un país tan importante, pero sí un país muy digno y respetado. Ese sentimiento la acompañará durante su vida y le dará “la confianza secreta de pertenecer a una tierra determinada y sus paisajes y su cultura, y de compartir con los que también habitan en tal tierra, aun cuando de modo implícito, una comunidad de objetivos y significaciones”. 1

Si bien ese sentimiento se ha visto sacudido por los vaivenes que llevan ya varios años, tal vez cabría indagar si la pregunta por el país debería ser reformulada de esta manera. ¿“Sería posible fortalecer, en nuestra vapuleada Argentina, esos sentimientos fundadores de nuestra identidad personal y colectiva..., o es una utopía ingenua?” 2

Sostiene Piossek, en el mencionado libro, que es necesario reafirmar esos sentimientos de pertenencia a la tierra y a su cultura y, desde lo pensado, instalarse en una tradición intelectual, idea que se le hace patente al regresar de su beca en Alemania donde observa el empeño que ponen todos los países en el cultivo de sus tradiciones. Esa inquietud se plasma al establecer en la Universidad Nacional de Tucumán las líneas de estudio sobre pensamiento argentino, convencida de que “una tradición no existe por sí misma: existe sólo como fruto de reconocimiento y de ejercicio activo de la memoria”. 3

Bien es verdad que nuestra tradición filosófica no tiene los siglos que se acumulan en el pensamiento europeo, pero es nuestra y ha sido tema preocupante desde los albores de nuestro país ya que siempre se ha hablado de la argentinidad o de nacionalidad. Esa preocupación la lleva a señalar los tres momentos en los que la pregunta se ha vuelto más acuciante: el primero está plasmado en la Generación del 37 como signo de ruptura con el pasado hispánico y colonial y se encarna en las palabras de Esteban

Echevarría y de Juan María Gutiérrez “...procuremos como Descartes olvidar todo lo aprendido.” “Nula pues la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos totalmente de ella, y emanciparnos a este respecto de todas las tradiciones peninsulares...” mas “Es cierto que quedamos aún ligados por el idioma.” Estas son las expresiones proclamadas en el año 1837, que expresan el anhelo de lograr lo propio e individual del país, al que sólo se llegará dejando de lado el sello que la cultura española había impreso en nuestras incipientes escuelas e instituciones políticas. El segundo momento se muestra, sin duda, en el intento de Sarmiento, expresado en el *Facundo*, en el que se propone “penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún inexplorado... y revelar este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos”. 4 Ello es así porque, para Sarmiento, el hombre sólo puede realizarse en la comunidad, por lo que sostiene que “...en la Argentina “no hay *res publica*,...el bien público es una palabra sin sentido...” “En la Argentina, afirma Piossek, no habría, pues, sentido de la cosa pública, del bien de todos, “lo de todos” vendría en realidad a concebirse como “lo de nadie”, y permitir así ser objeto de rapiña y ultraje”. 5

El tercer eslabón estaría manifestado en la Generación del 80 y su entusiasmo por el progreso, pues se afirma que son sus integrantes los que buscan rescatar un pasado para formar una tradición, no cuestionando, de ningún modo, ni lo hispánico, ni lo indígena, ni lo europeo, ni la amalgama de todos ellos, ya que solamente les preocupaba inducir al sentimiento de pertenencia al país para poder lograr la identidad de aquello que se asemejaba, según había señalado Sarmiento, a la Torre de Babel.

Nuestra pensadora se propone comenzar el estudio desde los textos y no desde las influencias y va, por ello, en busca del primer eslabón que represente a la generación del 37. Lo encuentra encarnado en Juan Bautista Alberdi y lo estudia en tanto filósofo ya que, al ampliar la noción de filosofía al relacionarla con la política, la historia y la religión, se abre un campo de indagación propicio al pensar filosófico.

Eran aquellos los tiempos en que, en el país, fue necesario el accionar -lo que dejaba escasos resquicios al pensar-. Así y todo, ese pensar se manifiesta en la necesidad del cultivo de la inteligencia, de “elaborar ciertas ideas que precedan a la acción”6. Denomina a ese rasgo *optimismo teórico*, “ya que se descuenta que la realidad es un gran orden orgánico en que impera la razón, un sentido ontológico, difícil de descubrir, pero que puede ser puesto en claro y desentrañado por la razón. El proceso histórico... se despliega -son palabras de Alberdi- con una lógica admirable” 7.

La misión de esa generación será fundar la revolución de 1810 con el poder de la razón, ya que sostenían que “Dos cadenas nos ataban a la Europa... Nuestros padres

rompieron la una por la espada, nosotros romperemos la otra por el pensamiento”8. Y consideraban que “Ya es tiempo de interrogar a la filosofía la senda que la nación argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad” 9, ya que la filosofía a la que se aspira es a la que pueda ilustrar la historia misma.

Ellos pues, estaban preocupados por el destino del país - por esa insurgencia salida abruptamente del cauce español-, pues era ya la hora en que debía comenzar a andar su propia singularidad.

Es la idea del progreso la que se agita en su fondo, solamente aceptable sosteniendo el optimismo que le sirve de base. Progreso en las artes, progreso en las ciencias, progreso en los pueblos que verán aumentar sus posibilidades de vida: es la noción de progreso la que, al unirse al romanticismo, alumbra y consolida la idea de unicidad de cada pueblo histórico. Esas ideas filosóficas fecundarán el pensamiento de la generación del 37 y le harán decir a sus miembros que “era necesario una filosofía para llegar a una nacionalidad”10. Ya que “...se han reservado...el nombre de ciencias filosóficas a aquellos ramos del saber que se han dedicado al estudio de los fenómenos del espíritu humano. Es así como *lo bello, lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo santo, el alma, Dios*, han sido y son cosas que han absorbido casi exclusivamente la atención de lo que se llama filosofía”11..., nos dice Alberdi, intuyendo que sólo sobre la base de una idea del hombre es posible levantar el edificio de una nación, porque en ella se fundan las leyes, el poder político, las creencias y la moral de sus componentes.

En consecuencia había que pensar, en primer lugar, en el destino de la nación y, en concordancia con él, trazar sus rutas y esperar que transcurra el tiempo necesario para su concreción. “Ese plan filosófico establecía 1° la organización social, *la política constitucional y financiera*, 2° las costumbres y los usos expresados en la *literatura*, 3° los hechos de conciencia y los sentimientos íntimos dados por *la moral y la religión* y, en cuarto lugar la concepción del camino y de los destinos que la Providencia y el siglo señalan a nuestros nuevos estados, cuya revelación pediremos a la *filosofía* de nuestra historia y a la *filosofía de la historia* en general”.12

Alberdi actuaba en la creencia del común destino de la humanidad y de que lo descubierto por un pensar de cualquier parte del mundo, era válido para todas las partes, por ello es que sostiene que “Si es posible decirlo, América practica lo que piensa la Europa”.13 Sostiene nuestra autora que “En lo que está la innegable originalidad de Alberdi es en haber encontrado que el problema americano era algo virgen en materia de pensamiento y que era preciso incorporar a América del Sur en un contexto teórico” .14

Nuevamente aparece la filosofía de la historia, esta vez en relación al *Facundo*. Ahí Sarmiento indaga sobre la relación entre la Argentina y la ley providencial del progreso, ya que, en las páginas del libro, se intenta pensar el país con la historia y la filosofía, que son las que “deben desentrañar el sentido de la marcha de los pueblos y de las luchas que los despedazan” 15. La historia no es una sucesión de hechos al azar, sino que tiene un sentido y este sentido es racional. Y nos lo recuerda el mismo Sarmiento cuando se pregunta “¡Qué! ¿No significa nada para la historia y la filosofía esta eterna lucha de los pueblos hispano-americanos, esa falta supina de la capacidad política-industrial que los tiene inquietos y revolviéndose sin norte fijo...? ¿No hay nada de providencial en estas luchas con los pueblos”.16

El país es un misterio, un enigma que hay que comprender, y la figura de Facundo es clave para su intelección porque representa la extensión del país, el desierto, el espacio inconmensurable que es el mal por naturaleza del país. Sarmiento, que descubre la pampa en las barrancas del Rosario, comprende la infinitud del espacio físico como el problema del país, pero lo seduce la proliferación de los personajes que ese espacio produce, el baquiano, el rastreador, “personajes indómitos, surgidos espontáneamente, casi como plantas, del grandioso escenario de la campaña pastora, más completos que el hombre gregario de las ciudades populosas. Lo son por sus virtudes gauchas, por la increíble agudeza de sus sentidos, por una natural disposición poética, por sus caracteres dignos de alimentar una verdadera literatura nacional”.17

Facundo es una manifestación de la vida argentina, es un producto de las fuerzas de la colonia unidas a las peculiaridades del terreno y, junto con Rosas son, los dos, los elementos que cumplen el plan providencial, ya que el escritor afirma: “No se vaya a creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar a la República que despedaza, no. Es un grande y poderoso instrumento de la Providencia, que realiza lo que al porvenir de la patria interesa” .18

Mas hay una idea que se desprende de lo anterior pues si la extensión es el mal, es necesario remediarlo. Poblar el país es la consecuencia ineludible, y el único recurso posible es abrir las puertas a la inmigración, que no solamente debía llegar a “hacer la América”, sino que debía asentarse e integrarse en estas tierras No sucedió tan ordenadamente como hubieran querido, porque los sueños raramente se cumplen con fidelidad, pero fue verdad que llegaron y se dispersaron aunque en las zonas portuarias, ya que el mar y el río le prometían la visión de la inmensidad y le aseguraban la posibilidad de volver a sus patrias de origen. Algunos lo hicieron, pero muchos se quedaron y poblaron el litoral argentino y las zonas portuarias e hicieron de éste, su país.

Estos son los problemas a los que se aboca Sarmiento en *La condición del extranjero en América*, en la que insiste en la “cuestión filosófica que ocupa un lugar central en la época del Centenario: el problema de la existencia o no de una conciencia o idiosincrasia nacional, de una identidad propia; el redescubrimiento de la tradición, la cuestión del difícil equilibrio entre tradición y cosmopolitismo”.¹⁹ Podemos decir que Sarmiento, el polémico luchador, es tan actual ahora como lo fue en su tiempo.

Se ha señalado como tercer eslabón en la cadena del desarrollo a la Generación del 80, compuesta por hombres que se ocupaban del país desde Roca hasta la crisis de 1890, “hombres que se sabían llamados a la acción en una oportunidad excepcional, y no a la teoría”.²⁰

Recuerda la autora la diferencia que establece Ortega y Gasset entre idea y creencia, pues la idea es algo que se tiene, en cambio en la creencia se está, pues es la que dirige las conductas de los hombres. Es necesaria esta aclaración ya que sostiene que a “los hombres del 80...los anima una creencia, a la que dio lugar un lento y secular esfuerzo de la filosofía occidental al ir elaborándola como idea....tal vez, sea esta época de la Argentina, uno de los momentos en que alcanza uno de los picos más altos de vigencia social una creencia: la creencia en el progreso, en cuanto decantación, sedimentación e incorporación en la historia real de algo que filósofos y escuelas elaboraron a través de los siglos”.²¹

Los elementos constitutivos de la idea de progreso están dados por la concepción lineal del tiempo, la importancia de las ciencias, el perfeccionamiento del hombre y la importancia de los valores utilitarios como base para postulación de los valores morales. La generación del 80 se siente llamada a levantar la base material de la Argentina y a eso se aboca. La figura de Carlos Pellegrini es representativa de esos ideales, que están expuestos en el discurso que pronuncia al inaugurarse la primera dársena del puerto de Buenos Aires, el 28 de enero de 1889.

Allí alude al deber de su generación que no era otro sino “preparar el terreno haciendo habitable nuestra tierra inmensa, penetrables nuestros desiertos y nuestros bosques, navegables nuestros ríos, tendiendo rieles, trazando canales, cavando puertos, construyendo, en una palabra, las grandes arterias y los grandes pulmones, destinados a recibir las corrientes poderosas de sangre que nos llegan a través del mar, para que circulen fácil y libremente y lleven la vida y el movimiento a todos los extremos de la República”... y agrega “No sé hasta qué punto el sentimiento americano perturba mi juicio y hace que me anticipe al tiempo, pero creo firmemente que el siglo XX, que ya alborea, será el siglo de América, y ese porvenir previsto nos impone especiales deberes”.²² Mas también el progreso manifiesta sus sombras, sospechadas por el mismo Pellegrini en

artículos posteriores, cuando expresa que “ ... la Nación no crece cual debiera, y asoman a veces dudas hirientes sobre su capacidad política ; porque no se descubren ni se vislumbran esas grandes cualidades morales, esos grandes ideales que son como alas poderosas, con las que los pueblos se elevan a las cumbres luminosas y toman allí, en la serena majestad de su propia grandeza, lugar y asiento entre los grandes pueblos del mundo”.²³

¿Cuál es el aporte de la Generación del 80 a la historia de las ideas? Tal vez ninguno, como sostiene Alejandro Korn , sin embargo, nuestra autora la rescata en tanto esa generación representa la encarnación de las ideas en el desarrollo de la historia y lo dice así: “Circunstancias muy excepcionales permitieron que con ellos, en nuestro país, una idea filosófica, largamente elaborada y convertida finalmente en creencia, pudiera manifestar de modo extraordinario su fuerza configuradora de la realidad”.²⁴ La filosofía de la historia nos había mostrado el desenvolvimiento de las ideas en la Argentina y, en unión con él, las ideas que habían influido en su desarrollo. Influencias e ideas se vislumbraban como las palabras claves pues ¿es la nacionalidad una suma de la tierra, la raza, la tradición y el lenguaje, como señaló Ricardo Rojas o es la historia, como pensaba el tucumano Juan Bautista Terán, una evolución creadora, sustentada por la libertad o, tal vez como señaló su comprovinciano Rouges “nuestro nacionalismo no es otra cosa que el sano afán de tener una personalidad verdadera” ²⁵ , personalidad que sólo se construye a partir de las canciones en las que anida el alma de la tierra, de la tradición muda de la producción indígena y de la tradición colonial. Esa unión, que Rouges había entrevisto en su viaje a las ruinas de San Miguel, es la que le hace exclamar, “en esas ruinas he visto fraternizar instrumentos de españoles y de diaguitas y huesos probablemente de ambos... Vencedores y vencidos escriben la misma historia, crean el mismo acontecimiento y duermen luego juntos el último sueño”.²⁶

Desestimar el pasado de un país, que es una realidad de índole espiritual y, como tal, configurador de su presente, lleva a los pueblos a carecer de una personalidad identificadora.

Ya las luces iban perfilando el atardecer y las preguntas seguían buscando su norte. ¿Es posible volver a despertar los sentimientos de una identidad o constituye ello una utopía? ¿Es realmente una tarea sin destino dedicarse a la filosofía en nuestro país?

Creo que ambas pueden contestarse unidas, pues sin las ideas de otros pensadores, que asimilamos y elaboramos distintamente, no habiéramos llegado a perfilar los conceptos que nos han guiado en el desarrollo de estas tesis. La filosofía nos ha

dado el marco esclarecedor que nos ha guiado en el camino, sin ella, sólo seríamos navegantes sin brújula; la filosofía, esa “inutilidad” tan útil nos ha permitido esbozar la pregunta inicial y recorrer el camino para pensar el país.

¿Qué hay voces solitarias en esa tarea? Bien es verdad, pero no es una utopía dedicarse a ella, como tampoco lo es intentar volver a despertar los sentimientos de unión de los argentinos, pues ellos son los motores de las acciones con los que se concretarán los sueños.

La Argentina, país multicultural, formado por mil voces, tiene como tarea suprimir las distancias entre los distintos orígenes de las diferentes expresiones de la cultura, e intentar la fusión en su propio alambique, destilando sus intrínsecos sentimientos de unidad y pensándolos en una unión superadora, en la que las distintas voces se aúnen.

Nomen est hominem, decían los antiguos, pues creían que el destino estaba, de algún modo, encriptado en los nombres. ¿Nos descubrirá algo seguir la senda del nombre de nuestra patria? ¿Es la palabra Argentina un aviso acerca de su destino? Si así fuera, nos descubriría que, cuando logre mirarse a sí misma y se vea refulgir con brillo propio, ella se encontraría con el esplendor lunar de su nombre y hallaría que, en sus realizaciones, repiquetea el tintineo, ligero y leve, de su sonido argentino.

Cuando nuestra patria una el brillo severo del metal, con la alegría por el canto de sus propias obras, ahí, en ese instante, ella se encontrará a sí misma.

Notas

1.- Piossek Prebisch, Lucía, *Argentina: identidad y utopía*, Tucumán, Edunt. 2009, 298 pp., p. 26

2.- *op. cit*, p.26

3.- *op. cit*, p. 28

4.- *op.cit.*, p. 30

5.- *op. cit.*, p. 31

6.- *op-cit.*, p.43

7.- *op-cit.*, p. 44

8.-*op. cit.*, p. 45

- 9.- *op. cit.*, p.48
- 10.- *op.cit.*, p.64
- 11.- *op. cit.*, p.75
- 12.- *op. cit.*, p.86
- 13.- *op. cit.*, p.91
- 14.- *op. cit*, p. 91
- 15.- *op. cit.*, p.107
- 16.- *op. cit.*, p.111
- 17.- *op. cit.*, p.117
- 18.- *op. cit.*, p.111/2
- 19.- *op. cit.*, p.130
- 20.- *op. cit.*, p.136
- 21.- *op. cit.*, p.138
- 22.- *op. cit.*, p.148
- 23.- *op. cit.*, p.150
- 24.- *op. cit.*, p.154
- 25.- *op. cit.*, p.234
- 26.- *op. cit.*, p.239